

NENÚFARES

Josep Otón



Sin lugar a dudas, la naturaleza fascina. Por más que la ciencia se empeñe en desvelarnos sus secretos, continúa maravillándonos.

El estudio sistemático no consigue deshacer su hechizo. Todo lo contrario: cuanto más sabemos, más nos asombra. Tanto al contemplar un paisaje como al observar una célula, quedamos embelesados por el encanto de la materia; un encanto liberador de la crudeza del materialismo y del delirio consumista.

La naturaleza evoca el misterio que acompaña la existencia. Percibimos una realidad que nuestra percepción es incapaz de constreñir. La naturaleza nos interpela y nos hace pensar. Lo real supera y desafía nuestro entendimiento.

Los nenúfares son un buen ejemplo de ello. Causan sorpresa. La historia de su flor parece un cuento fantástico. Se abre al atardecer. La primera noche viste de blanco y es femenina. Permanece abierta hasta la madrugada, para cerrarse y reaparecer con la puesta del sol. En este segundo nacimiento adopta un tono rosado. Ya no es la misma, ahora es masculina.

Las hojas del nenúfar también impresionan. Enormes, se extienden sobre el agua sin hundirse. Pueden alcanzar hasta los dos metros de diámetro y los sesenta kilos de peso. Sin embargo, flotan. Aun ignorando el principio de **Arquimedes**, lo aplican con absoluta precisión. Incluso pueden sostener un niño pequeño.

En la vida nos sucede algo parecido a estas hojas. Cuando nos abrimos, dejamos de ser un peso para nosotros mismos. Al salir de nuestro retraimiento, flotamos en medio de los problemas. Un corazón desprendido sobrelleva con aplomo las contrariedades. La amplitud de miras nos libra de la rémora del egoísmo. Sin dejar de ser nosotros mismos, adoptamos otra actitud frente al mundo. Nos sentimos parte de él y podemos ser el sustento de los demás en su travesía por la existencia.

En cambio, prisioneros de nuestros caprichos, nos hundimos. Encerrados en nuestros intereses particulares, pesamos demasiado y nos precipitamos hacia el cenagal. Las preocupaciones son un lastre que nos arrastra al abismo. Nos sentimos el centro del universo y carecemos de fuerza para aguantar semejante carga. Naufragamos víctimas de nuestra propia condición.

Estas hojas gigantes son una metáfora de nuestro sino. La grandeza radica en la apertura. Y abriéndonos, tal como le sucede a la flor del nenúfar, nos transformamos. ■

